

PEAJE

Al ver la cabeza de Eva, bien cortada, sobre la reluciente bandeja de plata, sentí por primera vez deseos de besarla. Despegar sus párpados y mirar dentro, esperando encontrar, otra vez, su mirada de niña bruja. Comprobar que seguía esperando el comienzo de la lección, que aún no había llegado el verano, que no temíamos a nada. El camarero que la había subido hasta la habitación para dejarla en la mesita, a la derecha de la cama desde donde yo lo estaba mirando, me hacía una reverencia y se retiraba. Cerraba los ojos, para comprobar hasta qué punto era cierto que la cabeza de Eva, la rubia Eva a la que todos deseaban, estaba ante mí, esperando el tacto de mis dedos. Contaría hasta cinco y abriría los ojos para descubrir hasta qué punto todo había ocurrido realmente.

Y cinco. Abro los ojos y veo la casa de dos plantas en el antiguo barrio. Mis padres la han vendido para regresar a la ciudad que abandonaron cuando jóvenes. Entonces recuerdo que tengo que llamar a mi madre. Recorro España sin que ella lo sepa, y si ocurriera una desgracia, si yo muriera o matara a alguien, ella lo descubriría casualmente, a través de un programa de televisión, o gracias a un chisme contado en el barrio, de tienda en tienda.

Y tres. Despierto del todo. Andrés sigue conduciendo a mi lado y me señala los enormes paneles azules de la autopista. Estamos a un kilómetro del área de descanso. Necesitamos parar, comer algo, interrumpir un viaje que cumple diez horas continuadas. El coche tiene gasolina suficiente para llegar hasta su destino: Asie, en el Pirineo de Huesca, cerca de la frontera con Francia.

—Será mejor que comamos algo —dice.

—¿Por qué he venido contigo, por qué no me has convencido para que siguiera camino de Gerona?

—Es tarde, Víctor, será mejor no darle más vueltas.

Andrés se había ofrecido a dejarme en Tarragona. Él continuaría solo hasta Asie. Al fin caminos separados, ¿ese era el final preparado de su historia? Le había hecho creer que seguiría su consejo de visitar a mi abuelo, la única persona de la familia que podía proporcionarme dinero para contratar un buen abogado que me defendiera en el juicio. Si seguía negándome a recibir una ayuda clara, si persistía en el camino de inmolación que había elegido, cuando llegara el momento de enfrentarme a la ley estaría solo. Se avecinaban días sombríos, sin Andrés a mi lado, y con mis padres ajenos a todo lo que me había pasado unos meses antes: aquel final violento, a consecuencia del cual había sido expulsado de la Facultad de Matemáticas, lo que me impediría trabajar, ahora o en el futuro, en ninguno de sus departamentos.

Cuando parábamos en los peajes de la autopista volvía la cara hacia la derecha para que el cajero no pudiera apreciar mis ojos hinchados y el rictus amargado. Sin dinero, sin trabajo y también sin él. Me sentía como un personaje de los que Andrés creaba para sus historias, apartado de repente a un margen oscuro de la trama principal. Había insistido en acompañarle durante el viaje, con la excusa de la bifurcación a la altura de Tarragona, alentado por la esperanza improbable de conseguir, antes de llegar allí, una prórroga, una nueva oportunidad para demostrarle que podría superar mi depresión y que no supondría un obstáculo a su flamante carrera como escritor. Me dejó hablar, simuló escucharme con atención mientras conducía. Repasé, punto por punto, todo lo ocurrido entre nosotros en los últimos dos años. Intenté hacerle comprender cómo habíamos llegado hasta allí, hasta ese coche en el que dialogábamos a la manera de dos amantes civilizados que reflexionan con candidez y respeto sobre las razones de su fracaso. Andrés, sin embargo, me repetía una y otra vez que habíamos agotado todas las oportunidades, y aunque siempre podría considerarlo mi amigo en caso de necesi-

dad, como me repetía teatralmente, seguía preocupado, más que nada, por las consecuencias que podrían derivarse del juicio. «Tienes que conseguir que, si te cae algo por la agresión, sea lo menos posible, y te permita volver cuanto antes a la universidad», y me regocijaba aparentando ante él un siniestro desinterés hacia todo lo que me había ocurrido: la amputación brusca de lo que siempre había luchado por construir con el nombre de futuro, el porvenir del que mi padre hablaba con obsesión, y que yo me había acostumbrado a desear como lógico premio a mi talento.

Andrés se comportaba con frialdad, molesto por la petición que le había hecho de que me dejara asistir con él a la entrega de premios, los dos días gloriosos que le aguardaban, como una concesión final a todo lo que nos había unido, antes de desaparecer para siempre de su vida. Sólo la contemplación piadosa de mi deshecho estado de ánimo le había convencido de que tal vez era mejor no dejarme sin más en una estación de cercanías para que me subiera en el tren hacia Gerona, a expensas de un derrumbe definitivo. Le prometí que desde Asie tomaría un autobús hacia la casa de mi abuelo, una vez se celebrara la entrega de su premio literario, el «Villa de Asie», que Andrés había obtenido con «Cuerpos ajenos, lugares secretos», el libro de relatos en el que había estado trabajando durante el último año y medio. «Ven conmigo si quieres, no me importa, pero pienso que es un error», concedió al final.

En realidad, todo había sido un gigantesco error que me había llevado a confiar equivocadamente en mis posibilidades de forjar una buena carrera en el campo de la investigación matemática. Superé la carrera con brillantez. Hasta que acabé la licenciatura, mi abuelo me había ayudado con una pequeña asignación mensual, completando lo que me enviaban mis padres. Ese dinero me evitó tener que buscar algún trabajo a tiempo parcial que me habría distraído de mi tarea principal: acabar los estudios con las mejores notas posibles.

El dinero se había convertido en el único vínculo con mi abuelo. A veces le escribía, aunque nunca le di dema-

siados datos de mi vida universitaria. Él entendía que el motivo de aquellas cartas era la petición de más cantidad de dinero, y las iba contestando con creciente frialdad. Al cabo de tres años desapareció incluso ese vínculo epistolar. Había comenzado a darme dinero al poco de visitarle por última vez en la Costa Brava, el verano en que viví en su casa y preparé la selectividad. Fue entonces cuando me prometió que nunca me faltaría dinero para acabar los estudios.

«Velaré porque tengas siempre libros que leer, restaurantes a los que invitar a tus amiguitas –¡supongo que ya habrás hecho algunas amistades!–, buenos filetes que comprar. Piensa que esa ciudad se convertirá durante cinco años en tu nueva patria, lejos de tus padres. No seas avaro. Cuéntame cosas tuyas, háblame de lo que te ocurra y se te ocurra. Te guardaré el secreto. Ya sabes que tú padre y yo no nos llevamos bien», decía en una de sus primeras cartas, reclamando una confianza a la que nunca correspondí.

En realidad, mi padre me había prevenido contra él. Nunca me confió el motivo de su distanciamiento, aunque siendo niño me concedió el deseo de que fuéramos a visitarle durante el verano. Vivía en una magnífica casa junto a la playa, en la Costa Brava. Había hecho mucho dinero como constructor de urbanizaciones con piscina y pistas de tenis. Se alegró de que le visitáramos y durante los días en que estuvimos allí extendió sobre nosotros un manto seductor que procuraba la rendición sentimental de mi padre. Que hiciera las paces con él. El viaje acabó resultando un desastre. Aunque mi padre acudió con la mejor voluntad, descubrir que mi abuelo vivía con Sonia, una atractiva mujer de menos de cuarenta años, más joven que mi madre, con un pelo moreno que le alcanzaba la cintura y unos bikinis que se le clavaban en las ingles, le ofendió profundamente. Mi abuelo apenas había soportado tres años de viudez, «un luto excesivo», según él, y «un acto imperdonable», en opinión de mi padre, que nunca esperó encontrar a una mujer en aquella casa, ocupando el lugar que correspondía a su madre, o al menos a su memoria.

Aquella fue la culminación de sus problemas y el comienzo de un definitivo silencio entre ambos. Seguramente, apenas un símbolo de una pelea familiar incubada a lo largo del tiempo, y que para mí es parte de un secreto, algo que sólo puedo imaginar y de lo que no necesitaba, a estas alturas, explicaciones. Andrés me recomendó que tomara aquel viaje para reencontrarme con él como un modo de descubrir la naturaleza de aquellos problemas familiares y, tal vez, empezar de nuevo.

Nunca indagué en sus asuntos porque me parecía el modo más lógico de que no se entrometieran en mi nueva vida. Ni mis padres, que me daban los ánimos para estudiar, ni mi abuelo, que me proporcionaba el dinero necesario para no pasar apuros.

Tampoco protesté cuando, apenas acabé el último curso de carrera, después de un último año en que la cantidad había ido mermando, su dinero terminó por desaparecer. Andrés confiaba en que si ahora yo le hablaba de mi situación judicial, mi abuelo se ofrecería sin dudarlo a ayudarme. Fingí que me había convencido, aunque en realidad dudaba incluso de encontrarle en su casa a mi llegada, junto a la sensual Sonia, que diez años después sería ya una mujer madura. Tal vez el tiempo pasado hubiese dulcificado la gran diferencia de edad entre mi abuelo y ella.

Pero nunca pretendí que ese viaje hacia la Costa Brava tuviese fin. Era una treta desesperada para prolongar un poco más el diálogo con Andrés, nuestra conversación sentimental, que yo no era capaz de terminar. Él, por su parte, buscaba ponerme en unas manos familiares que pudiesen salvarme de un desánimo irreversible. Sería una manera de ahuyentar su sentimiento de culpa por abandonarme sin más y continuar su camino ya solo, sin obstáculos.

Volqué todas mis esperanzas, cuando me licencié, en conseguir una beca de investigación. Era la única opción que me permitiría meter la cabeza, con garantías de éxito, en el departamento de Matemática Aplicada. Inicié el doctorado y contacté con Alberto Morales, profesor titular del departamento, un hombre de cuarenta y pocos años

con cierta fama de exigente pero cercano a los alumnos. No tenía, desde luego, el frecuente aire distante y absorto de algunos profesores que parecían empeñarse en justificar la imagen de sabios ensimismados que se tiene sobre los matemáticos. Al contrario, era un hombre accesible y alegre, con un carácter romo en ocasiones, al que le gustaba siempre comparar abstractos procesos de cálculo con situaciones chuscas de la vida cotidiana. Tenía una frecuente derivación hacia el chiste y la alegría vulgar, lo que no entendían muchos de sus colegas pero le había hecho ganarse el afecto de sus alumnos. No estaba en su mano, me avisó, concederme esa beca de la que dependía mi supervivencia económica, pero lo más factible e inteligente era abordar el doctorado y, a partir de ahí, tentar la suerte y confiar en que mi magnífico expediente académico fuera justamente valorado. Si todo marchaba bien, él mismo se ofrecía a dirigir mi tesis. Confié a ciegas en ese prometedor comienzo.

El ámbito de investigación elegido fue el de la Teoría de Códigos. Partiendo de los códigos correctores, formulados por Hamming, se trataba de estudiar las aplicaciones prácticas que los códigos AG (álgebra-geométricos) presentaban en el álgebra computacional. La Teoría de Códigos preservaba que la transmisión de información de un sistema de comunicación fuese correctamente recibida, sin ruido ni distorsiones, por el receptor.

Era algo de aplicación inmediata en los mensajes informáticos, el prometedor campo de la telefonía celular o el imparable desarrollo de las comunicaciones en red. Sus sistemas infinitos de bits traducidos a signos reconocibles por el hombre necesitaban de la Teoría de Códigos. Los lenguajes eran descompuestos y vueltos a componer tras pasar por el orden fiable de los números. Así, el mensaje ordenado era idéntico al transmitido por la máquina. Las aplicaciones tecnológicas en ese campo eran infinitas.

La gran dificultad seguía siendo conseguir el dinero suficiente para ir sorteando los problemas de cada mes. Mis padres no estaban dispuestos a subvencionarme por más tiempo, y yo estaba convencido de que no volcarme al máximo en mi trabajo o distraerme en busca de un di-

nero del que poder vivir, a través de trabajos temporales, supondría un retroceso en mis aspiraciones. Además, me había ido a vivir con Andrés. Aunque él trabajaba y pagaba su parte del alquiler y la mayoría de la comida, me negaba a que mi sensación de dependencia también se extendiera a él. Conseguir esa beca me daría la tranquilidad durante un curso completo y la opción casi segura de poder renovarla.

Confieso que había sido un alumno poco sociable. No aspiraba a hacer amigos dentro del departamento, sino a adentrarme con seguridad en mi proyecto de investigación, a saber más que ellos, a descubrir algún tipo de avance en el preprocesamiento de los códigos geométricos de Goppa, o en algún otro aspecto del campo de trabajo de la matemática discreta, pero conforme pasaron los meses una evidencia me golpeó con toda su fuerza: el apoyo del profesor Morales era insuficiente, inútil si no conseguía la ayuda del catedrático Sarriá, y éste había comentado sus preferencias hacia uno de sus alumnos. Sarriá se comportaba con la insultante seguridad del que conoce el alcance de su poder y su capacidad para administrar prebendas y favoritismos. Los profesores y los alumnos le guardaban el aire y procuraban no contrariarlo con algún acto o respuesta inconveniente. Era dudoso que ese comportamiento temeroso se hubiese dado del mismo modo si Sarriá no fuera el catedrático. Durante el curso de doctorado que él impartía, disfrutaba amenazándonos con el fracaso a los que no teníamos ya algún tipo de relación legal con los departamentos.

Muchos se vinieron abajo y abandonaron el doctorado. Aunque era evidente el sentido de la estrategia de Sarriá, sin embargo logró que algunos se dejaran arrastrar por ella. Mientras tanto, sus pupilos sonreían, esperando su cercana oportunidad. Morales me advirtió que la decisión del Consejo de Departamentos pasaba por el visto bueno de Sarriá, y me sugirió que hablara con él para tantear mis posibilidades.

—Arriégate. Es como una carrera de Fórmula 1: gana el coche que primero llega al final, no el que tiene el motor más potente.

Sin saberlo, con ese consejo inocente me lanzó de cabeza hacia mi estúpido acto expiatorio.

Desde que entré en el despacho de Sarriá noté que le incomodaba mi presencia; la visita debía ser corta, y mis razones escuetas y convincentes, para tener éxito. El catedrático, sin embargo, no me dejó hablar. Sobre su mesa, ordenada con meticulosidad, descansaba mi expediente de solicitud de beca. Levantó su mano izquierda unos centímetros sobre la mesa, exigiendo silencio, y llevó hacia atrás la primera de las seis bolas plateadas que descansaban sobre el tablero, colgadas de un soporte metálico. Sólo cuando la hubo soltado para dejar que trasladara su energía a través de las otras hasta levantar la última, abrió la carpeta y comenzó a revisar mi documentación. Durante unos minutos que me resultaron interminables no dijo nada. Las palmas de las manos comenzaron a sudar. Noté que mi pantalón se humedecía a causa del cuero de la silla en la que estaba sentado. Me moví varias veces buscando una postura que me librara de ese inconveniente, y se oyó un rasgueo inoportuno. Sarriá me preguntó, sin levantar la vista de los papeles, si estaba cómodo en aquel sillón. Contesté que sí, y él replicó, con una aflautada voz burlesca: «Lo celebro, no sabe usted lo que ha costado». El examen de los papeles se prolongó bastante más, lo que intensificó mi nerviosismo. Al cabo me miró fijamente, como si fuera a revelar un gran secreto, sin apenas parpadear. Comenzó a hablar con un tono constante de voz, que conforme se mantenía era percibido por el oído como un ruido intolerable.

—Me he hartado de examinar sus papeles, aunque Morales me había hablado mucho de usted. Conozco su foto de memoria. No puede decirse que haya salido usted muy favorecido, la verdad, y tampoco encuentro los convincentes argumentos que todo matemático debe presentar para, ¿cómo decirlo?, llevar el animal a su agujero. Es cierto que su expediente académico es envidiable, pero como tantos otros en esta Facultad. La presentación que ha hecho de su proyecto de investigación es interesante. Otra vez la Teoría de Códigos, cada vez más habitual. Algo cansino,

incluso. Pero constato que su currículum tiene graves simas, vacíos insalvables. Ninguna beca de colaboración con un departamento, ni intervenciones en seminarios como profesor ayudante, prácticas poco destacables. En fin, hay algo en todo esto que no me convence. Y todo esto que tengo en estos papeles le resume. Por tanto, hay algo en usted que no me convence. Hasta que charlé con el profesor Morales no había escuchado su nombre, ni le había visto por alguna de mis clases. ¿Dónde ha estado metido en todo este tiempo? ¿No ha hecho contactos... profesionales? ¿Sólo le estimula el frío estudio, el sota, caballo y rey de los exámenes y las calificaciones?

Intenté explicarme. El que quería acceder a las becas de colaboración tenía que poseer una capacidad para las relaciones sociales que a mí me faltaba. Pero estaba convencido de que el elemento más importante, por encima o más allá de eso, era el trabajo constante. Poco más podía decir. No haber tendido con anterioridad lazos interesados con la universidad era culpa mía, desde luego, pero ahora me enfrentaba al momento decisivo, el importante. De todos modos, a esas alturas de la conversación yo sabía, sin ninguna duda, que él iba a jugar su baza más fácil para hacerme daño: valerse del porcentaje de valoración de la petición de beca que correspondía a las colaboraciones con departamentos, a las políticas activas del saber, para, exagerando en ese apartado mi nota negativa, hundir la consideración de mi expediente.

—¿Confía en usted? —preguntó.

—Sí.

—Lo siento, no puedo decir lo mismo. No voy a recomendarle para esa beca. Mi norma es ser muy franco en estos casos. Podría mentir o no decirle nada hasta que viera la lista con la decisión de la comisión, pero no permitiré que se haga falsas esperanzas.

Cerró la carpeta y se quedó mirándome, con la persistente mirada burocrática del que cree que ha cumplido con su trabajo, esperando que yo diera la conversación por terminada. No conseguí mostrarme tranquilo ante él ni replicarle con un discurso de motivos convincentes, mis

motivos en todo caso, que a él no lograrían hacerle cambiar de opinión. Pensé ilusamente que todavía quedaría alguna oportunidad más allá de la opinión de Sarriá para jugar mis bazas. Creí más prudente seguir el camino que Morales me indicara en adelante, aunque estaba comprobándose que no funcionaba en absoluto.

—Por supuesto, no hay nada personal en esta decisión. Y le aconsejaría al respecto que continúe con su probada tenacidad. Inténtelo en otra oportunidad.

Él sabía que no habría otra oportunidad, y que alumnos aplicados y mejor relacionados que yo ocuparían de nuevo en otra ocasión el lugar que ahora me había sido arrebatado. Me levanté. Estaba sudando a mares, agobiado por el modo en que mi camisa se había vuelto pegajosa; suponía que el catedrático sentiría asco por aquellas formas indefinidas, por el vientre amorfo y las piernas encajadas en el pantalón. Al despegarme de la silla volvió a sonar el chirrido de antes, amplificado y desagradable. El cuero negro estaba humedecido y mojado por mis restos de sudor, que había dibujado dos paralelas vías anchas: la prueba de que mis piernas, mi cuerpo, yo había estado allí. Sarriá me lanzó su mirada, despectiva y de una agresividad sin complejos ni disimulos.

—Si no le importa, pase algún pañuelo para limpiarlo. Espero una visita importante.

Volqué la silla contra la estantería que tenía detrás de mí y tiré al suelo todo lo que Sarriá tenía en su mesa, incluida la carpeta con el expediente. Mi primera intención fue que aquel gesto agresivo de autoridad le convenciera de que no podía insultarme sin recibir mi lógica respuesta airada. Que debería revisar su criterio. Pero comprobar su estupefacción, echándose hacia atrás y poniendo sus manos delante de sí, palpar su temor fue el detonante de mi reacción brutal. De todos modos, aquel comportamiento violento me haría merecedor de una dura sanción académica, por lo que tenía que aprovecharme de la fortuna de tenerlo allí tan cerca, por completo a mi merced. Sentí un furor creciente cuando mi puño se contaminó con el primer contacto de su carne, un deseo de continuar gol-

peándole sin reflexionar ni poner freno a mi conducta, una necesidad insensata de pensar que era posible hacerle desaparecer de la faz de la tierra, y establecer en ese departamento, en la facultad de la que yo aspiraba a formar parte, un orden más justo, que recompensara los méritos y no las relaciones. Por eso no fui capaz de detenerme cuando su nariz y sus labios sangraron, cuando escuché sus voces pidiendo ayuda, ni me arrepentí o solicité su piadoso perdón cuando otros profesores ya entraban en el despacho y me agarraban, sacándome a empujones de ese tranquilo reino del saber y la ciencia que yo había violentado.